

TENSA ESPERA

Bajo el Puente Carlos III, el agua del Ebro reflejaba el fuego de las antorchas. Era 1813 y el estruendo de los cañones franceses en retirada aún vibraba en los temblorosos corazones. Las luces de los oficiales franceses brillaban con prepotencia tras las ventanas de la Casa de las Cadenas, mientras el pobre humo de los fogones en las callejuelas de Aquende se extinguía rápidamente. La ciudad, llave del Ebro, lloraba de hambre convertida en una prisión de piedra. No había vítores para el rey intruso, solo el silencio tenso de quien espera paciente la liberación del alma mirandesa.